



# Tocándome los cojones

**Jaime Centurión Martín**

Ediciones de  
**BAMBI DEL SOL**  
Dando Pata

Tocándome los cojones  
Apuntes de viaje y otras fábulas

Jaime Centurión Martín



## NOTA DEL AUTOR A LA QUINTA EDICIÓN

No es fácil mantener la calma mientras lees una narración propia de hace dieciocho años. El primer impulso que te invade es tirar el libro por el balcón. El segundo es seguirlo en su trayectoria. También hay otro impulso, de otra índole, no menos notorio: trastocar, añadir, suprimir y manipular el texto. Siempre tratando, en la medida de lo posible, de mantener el tono y la voz de la narración, sí, pero en definitiva, alterándolo. ¿Por qué? Porque acabar satisfecho con lo escrito siempre tiene algo de sospechoso. Y esto lo sostiene alguien como yo, cuyas *Obras Completas* no pasan de dos cuadernillos.

Esta batalla por mantener el texto tal como estaba en su edición original, la he vuelto a perder. La perdí por primera vez cuando *Tocándome los cojones* pasó a ser publicado en su segunda edición por Elsa López en la editorial *La Palma* de Madrid, (la primera fue una edición de autor de quinientos ejemplares numerados, salidos de una imprenta de la calle Miraflores de Santa Cruz de Tenerife). Y la volví a perder en las posteriores tercera y cuarta, de nuevo publicadas por mí. Así que de continuar esta dinámica, no sería de extrañar que con el tiempo y futuras versiones tengamos un *Tocándome los cojones* cuya única similitud con su hermano de 1992 sea el color de la tinta.

No obstante, esgrimiré en mi defensa un comentario de Javier del Prado a propósito de las sucesivas reediciones y alteraciones que tuvo con el tiempo el libro *Manon Lescaut*, del Abate Prevost: *‘Creo que el autor tiene derecho a corregir sus obras e incluso a empeorarlas, si así lo cree conveniente’*.

Asimismo y a petición expresa del que era el personaje principal de esta narración, Ángel Mandasi, me he visto obligado a buscarle un sustituto, pues según sus propias palabras: *‘Cuatro ediciones desgastan a cualquiera’*.

También añadir que he obviado esta vez la memorable carta de Sal Mantino que abría otras ediciones precedentes. Enviada en su día desde Salamanca a la imprenta donde había tomado vida el libro, vertíanse en ella sonetos hacia mi persona que aún me siguen erizando por su profunda belleza:

*(...) la duda se convirtió en tragedia cuando advertí, no sólo la total falta de estilo del autor, sino también lo inconexo, banal y ridículo del argumento (...) compendio de pensamientos fácilmente atribuibles a un adolescente en la edad del pavo (...), etcétera, etcétera.*

Ésta y sucesivas ediciones habrán de ganarse a pulso su *Sal Mantino* correspondiente.

Concluyamos: al lector sólo me queda desearle que no se quede dormido durante esta travesía. No recuerdo quien dijo que todos los estilos literarios son válidos menos el aburrido.

*¿En qué se parecen una vieja, una silla y una  
plancha a un 150?*

*La vieja se sienta; la plancha, Rowenta.*

*¿Sesienta + Rowenta?*

(Conversaciones con Jaime Ramos Agulló)

Un artículo sobre Irlanda. Habla de la cantidad de artistas que ha producido ese país, siempre y cuando los artículos hablen. Incluye una frase puesta en boca de Bernard Shaw, también irlandés, que dice: *Mi trabajo en la vida no se puede llevar a cabo en Dublín*. Una buena frase, pienso. Y también pienso en otra cosa, en cuál será mi trabajo en la vida. ‘mmmm... mi trabajo en la vida...’, ‘mmmm... mi trabajo en la vida...’. Bien, supongo que el trabajo al que se referirá mi estimado Bernardo no será otro que ése de hacer lo que realmente a uno le gusta. Entonces me pongo a pensar, quizás por primera vez en mi vida: ‘¿Y qué es lo que a mí me gusta más?’ Meditando sobre el tema durante largas horas llego a una conclusión interesante: mi trabajo en la vida, mi verdadera aspiración, lo que a mí me gusta más, es tocarme los cojones. ¿Puede haber acaso ambición más humilde que ésta, sobre todo teniendo en cuenta mi tierna edad? Suena elegante y parece tener ritmo: Tocarse los cojones, mmmm...

Bernardo, no soy irlandés, ni tan siquiera artista, pero sí te puedo decir una cosa: creo que mi trabajo en la vida no sólo se podría llevar a cabo en Dublín, sino que estoy por afirmar...

El Café está justo enfrente de la Mezquita Azul. Desde que llegué a Estambul me encuentro rodeado de té y de

turcos que juegan a las cartas, deporte internacional donde los haya. Creo que nadie sabe más del aburrimiento de los hombres que una baraja. Sería curioso poder convertirse un día en un siete de corazones y palpar los problemas de las personas a través del contacto con la yema de los dedos. Lástima que ese mismo contacto acabaría desgastándola. Lástima que no tengo muy claro qué es lo que he querido decir con esto.

Y al lado de la Mezquita Azul, se encuentra la Mezquita de Ayasofia. De Ayasofia... mejor que la veas por ti mismo. ¿A cuenta de qué tengo yo que contarte cómo es esto, aquello y lo de más allá? Turquía no está tan lejos después de todo. Simplemente tú te has querido alejar. Y eso a tu edad puede ser fatal. Si ahora empiezas a dejar de lado estos pequeños detalles, qué no vendrá después... ¿No te sirven de advertencia los héroes dominicales? Sí, esos que se ven empujando el carrito del niño Rambla abajo, corriendo a comerse el pollito en casa de los suegros, con caras de querer meterle el cuchillo a todos menos al pollito.

Rodeado de montañas, árboles, vacas maravillosas y el Bósforo enfrente.

¿Qué tendrá la naturaleza, que siendo tan cruel como es, nos invita sin embargo a buscar refugio en ella, cuando de reflexionar y apartarse del ser humano se trata? ¿Será su capacidad infinita para aguantar a los pedantes?

Pensaba mandar una postal a una amiga. Pensaba. Ahora ya no pienso así. Para qué escribir postales. 'Mira, lo estoy pasando muy bien, el tiempo es buenísimo. Turquía y los turcos, con diferencia lo mejor de Europa. Siento no haber tenido tiempo de despedirme de ti. Tendrías que venir y ver esto. Te echo mucho de menos. Muchos besos'. Y cosas así.

¡Te echo mucho de menos! Si la sinceridad fuera una de mis virtudes acabaría hablando sólo con mi sombra. La verdad es bien diferente, como casi siempre. No, no te echo mucho de menos. Lo que echo mucho de menos es la idea de tener una mujer aquí al lado conmigo. Ya verías tú lo mucho que te iba yo a echar a ti de menos si no hubiera tantas bigotudas por aquí cerca. Pero ya sabes que sólo nos acordamos de ésta y de aquélla cuando... Y en consecuencia nos ponemos a escribir postales.

De todas maneras debo reconocer que sí, que en este preciso instante, sí te echo de menos. Después de ciertos cariñitos, quizás volvería a alejarme de ti, pues volvería a necesitar ser yo. Yo solito. Sin nadie de quien preocuparme. Sin que nadie se preocupe por mí. Buey solo bien se lame. O sea, en el fondo, el mensaje disfrazado de la postal no iba a ser otro que este: *Socia, vente para acá como sea que llevo un queso arriba que ni un pastor en el frente.* Pero haces bien en no venir. Porque yo sería el primero después en dejarte colgada, tan egoísta y malvado soy. Así que será mejor también evitar la ya tan renombrada postal.

Ahora que lo pienso tengo una historia bastante curiosa



que, creo, podría encajar perfectamente con lo que estoy tratando de decir (en el caso de que esté tratando de decir algo). (La verdad es que tampoco sé si encajaría perfectamente). (Y, para finalizar, tengo mis dudas de que sea una historia bastante curiosa). De todas maneras habrá que tragársela. Yo escribo, tú tragas. Así será siempre la relación autor-lector y no seré yo quien vaya a cambiar tan injusta situación.

### EL CALLO QUE VINO DEL FRÍO

Corría el año 1984 (el bueno de Orwell apenas nombró nada de esto en su libro). Por entonces trabajaba yo en el Hotel Las Palmeras, Playa de las Américas, South England, Tenerife, Canary Islands, España. Una vez acabado mi turno en conserjería, que generalmente era de cuatro de la tarde a doce de la noche (el turno de los borrachos: te permite ejercer de noctámbulo y dormir toda la mañana), solía ir con mi compañero de fatigas Rubén a nuestro entrañable pub, justo enfrente del hotel, el *Drunk & Duck*. Después del consabido *Viña Sol* (había que mojar esa garganta con un blanco fresquito después de estar toda la tarde recibiendo y entregando llaves), casi siempre acabábamos en el *Prismas*, una discoteca del lugar. Allí se podía tener la ocasión de conocer bastantes chochas. En una de esas noches conocí a esta finlandesa. Lo de siempre: *'Do you work or do you study?'*, y algún que otro palique más del *Manual del Chuleta Acabado (1ª Parte)*, y vamos ya, sobre la marcha, cuatro boquinos por la cara. Y más

vino, claro. Al final, lo merecido: un peligroso desenfoque. Por esas casualidades de la vida esta chica acabó viniéndose para mi apartamento. ¿Y qué otra cosa se podía hacer con una finlandesa a las cinco de la mañana en tu cueva, con una considerable intoxicación etílica arriba, que no fuera echar un par de polvos, eh? (Como verás, la originalidad no es lo mío. Esto se le hubiera ocurrido también al mismísimo Diógenes Laercio). Pues así sucedió. Cuando la finlandesa dejó el apartamento todavía era de noche.

Al día siguiente, vuelta a la rutina. O sea, llaves y atenciones varias para con los clientes, *Drunk & Duck*, mucho vino y discoteca. En esto que estoy allí tratando de no caerme de la banqueta cuando vuelvo a otear a la finlandesa. Ya no me acordaba de si me gustaba o no. De lo que sí me acordaba era de que por lo menos no me había mamado las sartenes del apartamento. Y a esas horas mujeres de tan altos principios eran siempre bienvenidas. Ataqué: ‘¿Quieres venirte a casa a tomar una manzanilla?’ (Una manzanilla, sí, estáte quieto). La norteña volvió a tragar con el capítulo primero, sección b, del Manual. Cuando dejó el apartamento un cielo estrellado lo envolvía todo.

Y así transcurrió una semana. Yo siempre con las mismas novedades y ella siempre dejando el apartamento de noche.

Y llegó el día en que se fue.

Y me olvidé de ella.

Al poco tiempo de esto ocurrió que me tuvieron que

operar de un tumor salido en la parótida. En el postoperatorio recibí una carta realmente enternecedora de aquella mujer. Hay ocasiones en las que cartas enternecedoras son lo único que necesitamos. Me preguntaba si yo quería que ella volviese a Tenerife. Y eso que sólo había pasado un mes desde su partida. Le contesté que sí, que viniera, que la echaba mucho de menos y todo eso. Ya sabes como son de melancólicos los postoperatorios. Yo ni pensaba que pudiera tomarse en serio mi postal. Es como cuando a veces le das tu dirección a alguien y a continuación, sonriéndole, piensas 'Como al hijo de la chingada éste se le ocurra de verdad pasar por casa, lo meto a dormir en la lavadora'. Total, que estoy de nuevo una noche trabajando en el hotel cuando recibo un escueto telegrama de la finesa en cuestión:

### LLEGO MAÑANA

¡Dios mío, se lo creyó y todo la muy toleta! Joder. ¿Y qué coño voy a hacer yo ahora? Me quedé acojonado. Acojonadísimo. Quizá megaacojonado fuese la exacta palabra. En ese mismo instante me di cuenta de que no quería que volviese. Demasiado tarde, Morgan. ¡Mañana a esta misma hora ya estará aquí! ¡Uuuuaaauuuu! ¡Me cago en los huevos y en las cartas enternecedoras y en los postoperatorios y en la madre que me parió!

Y llegó. Y parecía deslumbrada de felicidad al volverme a ver. Yo, por mi parte, casi no me arrojé todo. Hasta entonces sólo la había visto en versión nocturna. Y con

tanto alcohol encima como en un congreso de vikingos. Ahora eran las cuatro de la tarde, hacía un sol espléndido y no tenía ni una copa en el cuerpo. Había que reconocerlo: era feísima. No, fea no, entiéndeme: feísima. Más fea que una sardina con patillas. A las seis de la tarde ya estaba hasta los mismísimos cojones del penco aquél. ¡Dios mío! La había hecho venir desde Finlandia. La había hecho creer que me gustaba, la había hecho gastarse un huevo de pasta, en definitiva, la había engañado miserablemente. Me sentía como el mayor hijo puta de todo el condado, paseando con aquél semejante callo por los sitios más insospechados posibles para que la prensa gráfica no me descubriera. Tenía una cara tan fea que sólo a su madre le podría gustar. Y si la hija había salido a la madre, al padre había que condecorarlo. Pero, en fin, yo no era su madre, ni mucho menos. ¡Qué sufrimiento! ¿Qué podía hacer yo con aquella mujer para quedar bien? ¿Poner un anuncio en el periódico, dedicarme a la pesca submarina? Cuánto más la miraba más fea se hacía.

Sólo pude soportarlo una noche. A la mañana siguiente le dije que lo sentía enormemente, que ahora entendía aquello de que de noche todos los callos eran pardos (me costó traducir esta última frase) y que de verdad, que no podía aguantarlo ni un minuto más, que lamentaba todo lo sucedido y que no, qué va, buff, de qué, y que más valía un fin amargo que una amargura sin fin.

Nunca había visto llorar a una persona de aquel modo. Me sentí fatal al cubo. Dudo que un petudo cojo, ciego,

sordomudo y con unas décimas de fiebre se hubiera podido sentir peor que yo en aquellos instantes. Menos mal que por lo menos hacía buen tiempo. El sol no tardaría en secar mis lágrimas.

Diyarbakir. La ciudad en sí no es gran cosa. Tiendas, calles, piedras, bigotudas. Supongo que como el resto de las ciudades del mundo. Porque tiendas, calles, piedras, (¿barbudas?), podemos encontrar en todas las ciudades del mundo, ¿no? Entonces, ¿me quieres explicar qué es lo que se me ha perdido en Diyarbakir? Hay sitios que parecen especialmente diseñados para preguntarnos qué coño hacemos en ellos.

La muy ateniense calle Pandrassou. Me encuentro con un cartel que reza así: *Stavros Melissinos, zapatero-poeta*. Cojo uno de sus poemas desperdigados por entre tanto tacón y leo:

Dame tus labios mi amor,  
celestiales deseos fueron rotos  
por ofídicas amenazas.  
Pero al unir labio con labio  
y carne con carne, sanaron  
las mejores cuestiones de la vida.

Vale Stavros. ¿Por qué estás tan sombrío hombre, acaso no ves con buenos ojos tu extraordinario futuro como zapatero-poeta? ¿Y tú, ves con buenos ojos el futuro de Stavros Melissinos? Si ya te lo he dicho. O te dedicas a la poesía o te dedicas al recauchutado. ¿Es que has visto por ahí muchos zapateros ejercitándose a su vez en el noble arte de la escritura, Stavros? Querías destacar entre los del gremio, ¿no es eso? Pues yo que tú me lo pensaba muy mucho a la hora de exhibir nueva logística literaria en tu taller. Sinceramente Stavros, y perdona que te tutee, creo que no era éste el camino que la vida esperaba que siguieras. Además, como ya había poca competencia para ganarse cuatro duros juntando letras, ya sólo faltaba que encima los zapateros dieran rienda suelta a su imaginación tecleando ofídicas amenazas bajo los efectos del inspirador pegamento para suelas y tacones.

Si hay algo que salvar de Israel, esto, son las mujeres. Están todas buenísimas. Casi al mismo nivel que cualquiera de esas bandejas rebosantes de almendras, higos, leche y miel con las que nos gratifican las famosas escrituras. Espectaculares morenas. De estos milagros nadie hablaba en los evangelios. ¿De dónde sacaban fuerzas los apóstoles para concentrarse y ponerse a escribir con esas bellezas rellenas el espacio? Me quito el sombrero ante tal ejercicio de disciplina, (y aprovecho para pasarlo por si